

Giovanna se encogió de hombros y sonrió con coquetismo ; el conde prosiguió:

—¿No quieres responderme ?

—Esa otra carta podrá sacarte de cuidado.

—Tienes mucha razon , Giovanna.

El conde tomó la otra carta y leyó.

« Real sitio de San Lorenzo á 9 de abril de 1808.

« Mi señor y hermano : son las diez y hemos recibido una carta de mi hijo Fernando que el rey mi marido envia á V. A. para que la vea , y me diga lo que debemos hacer. El rey y yo no quisiéramos hacer lo que nos pide mi hijo , cuya pretension nos ha sorprendido infinito ; y creemos que no nos conviene de ningun modo condescender: el rey ha encargado decir que estaba ya en cama , por lo que no podia responder á la carta. Esto ha sido pretesto por si V. A. quiere decirnos lo que se le haya de responder ; en inteligencia de que mientras tanto suspendemos hacerlo , bien que será forzoso no dilatarlo mas que hasta mañana por la tarde.

» Nos hallamos con la satisfaccion de no tener guardias de Corps , ni las de infantería en el Escorial , sino solo los carabineros. Con vuestras tropas estamos seguros y no con otras.

» El rey y yo no escribimos la carta que mi hijo pide , sino en el caso de que se nos haga

» escribir por fuerza , como sucedió con la ab-
 » dicacion , contra la cual hizo por eso la pro-
 » testa que envió á V. A. Lo que dice mi hijo
 » es falso , y solo es verdadero que mi ma-
 » rido y yo tememos , que se procure hacer
 » creer al emperador un millon de mentiras,
 » pintándolas con los mas vivos colores en agra-
 » vio nuestro y del pobre príncipe de la Paz,
 » amigo de V. A., admirador y afectísimo del
 » emperador , bien que nosotros estamos total-
 » mente puestos en manos de S. M. I. y V. A.,
 » lo cual nos tranquiliza de modo, que con tales
 » amigos y protectores no tememos á nadie.
 » Ruego á Dios que tenga á V. A. en su santa y
 » digna guarda. Mi señor y hermano de V. A. I.
 » y R. muy afecta hermana y amiga —
 » Luisa. » (1)

— Ya entiendo ; dijo para sí el conde:
 SS. MM. los reyes padres, S. M. la reina de
 Etruria , y S. A. el gran duque de Berg están
 conspirando de consuno contra nuestro jóven
 monarca. La carta que me trajo Manuel escri-
 ta por una camarista de la reina madre, me
 hizo concebir graves sospechas , pero estas no
 me dejan duda de la infernal trama que urden
 contra la corona de Fernando. El viaje parece
 decidido y.....

(2) Monitor del 5 de febrero de 1810. Memorias de Nel'erto.

El conde se acercó á Giovanna , la cogió una mano con amor , y la dijo

—Estoy satisfecho de tí ; pero pudieras darme todavía una gran prueba de cariño.

—¿ Dudas de mi amor ?

—No , no dudo ; pero quisiera....

—¿ Qué quieres , conde ?

—Quiero que me dejes estas cartas.

Giovanna quedó pensativa , fijó sus hermosos ojos negros en los del conde ; y haciendo un violento esfuerzo sobre sí , dijo :

—Prepárame , conde un asilo en donde ocultar mi vergüenza.

—¿ Para qué , Giovanna ?

—Porque quiero que te quedes con esas cartas , y la que comete una infamia , la que abusa traidoramente de la confianza que han puesto en ella no debe ver la luz del sol.

Miró el conde á la florentina con admiracion y con asombro , y como si no hubiese oido bien lo que acababa de decir , la preguntó :

—¿ Qué has dicho , Giovanna ?

—Nada , conde ; puedes disponer de esas cartas.

El conde la miró de nuevo mas sobreco-gido y admirado y devolviéndola las cartas la dijo :

—Toma , Giovanna , esos papeles. Si nacen mugeres en Italia con corazones tan hidalgos

y generosos como el tuyo , tambien en España nacen hombres que los comprenden y saben estimar su hidalguía.

—Conde , piensa bien lo que haces.

—No necesito pensarlo mas.

—Quizás tienes ahora en tus manos el destino de una nacion.

—Sé bien que lo tengo , Giovanna , pero quiero que sepas tú , porque el mundo no ha de saberlo , que he comprado el honor de una dama al crecido precio de un trono.

La jóven miró al conde llena de orgullo y le dijo :

—Me alegro , conde ; que hayas obrado noblemente , para poder envanecerme amando á un hombre como tú.

—¡ Qué hermosa me pareces , Giovanna !

—¿ Te habré parecido muy noble ?

—Eres un angel en la tierra.

—Y tú un español.

—Basta Giovanna. Daria mi sangre por pasar algunas horas mas contigo , pero te llama tu deber.

—Tienes razon : hasta mañana. Esta noche ha recibido nuestro amor un hermoso bautismo de sangre , y ha salido puro de la prueba como sale el oro del crisol.

Giovanna se dirigió rápidamente hácia el

palacio de Murat, y el conde se quedó entregado á serias y amargas reflexiones.

—He tenido en mis manos, decia, unos preciosos documentos que pueden influir poderosamente en la suerte de mi pais, y que podian haber influido de una manera muy distinta habiendo quedado en mi poder. Mucho he sacrificado, mucho, dejándolos ir á su destino; pero no podia hacer uso de ellos sin sacrificar á Giovanna. Por lo demas puedo ver al rey y avisarle de los peligros que fuera de aqui le amenazan. ¿Pero no oirá el rey mis palabras como ha escuchado las de Hervás? No triunfará ese maldito clérigo del buen sentido y la verdad? Mucho lo temo, ese arcediano es un favorito del demonio, tan malo como Manuel Godoy, y quizás no tendremos lugar para hacer una parecida á la de Aranjuez. El negocio va siendo apremiante, y yo he de hablar con el rey: veremos cómo me recibe.

Giovanna salió del alojamiento del gran duque, y vió al conde que no se habia movido de su puesto.

—¿Me esperabas? le dijo Giovanna.

—Sí, hermosa mia: quiero acompañarte á palacio. Te saqué de él y me parece justo dejarte en el mismo lugar.

Giovanna cogió el brazo del conde y se dirijieron á palacio: al separarse dijo Giovanna.

—¿Nos veremos mañana, conde?

—Sí, Giovanna. Cuando te encarguen otros pliegos ¿me permitirás que los lea?

—Todos vendrán á tu poder.

—No te detengo mas, hermosa. Hasta mañana.

—Hasta mañana.



CAPITULO XVI.

La despedida.

La reina de Etruria, María Luisa, estaba esperando con ansia la vuelta de su camarista, pues le interesaba saber lo que resolvía Joaquin Murat respecto á la carta pedida por Fernando á los reyes padres. Empeñada en ganar la amistad del emperador de los franceses, buscaba con afan ocasiones en que prestarle sus servicios, y contribuía á su ruina propia preparando la de su familia.

Aunque consagrada al servicio de Napoleón Bonaparte abrigaba serios temores pues el despojo del reino de Etruria le había hecho conocer un tanto la política tortuosa del emperador de los franceses, pero cogida en una red, cuantos más esfuerzos hacía quedaba más envuelta en sus pliegues.

Un ligero ruido de pasos llamó la atención de la reina, y creyendo sería su camarista la dijo.

—¿Estaba en palacio, Giovanna?

—Soy yo; respondió una voz de hombre y se presentó Fernando VII.

—Hermano, tartamudeó la reina.

—¿Estas mejor, hermana mía?

—Sí Fernando: estoy mucho mejor.

—¿Has sabido de nuestros padres?

—No tengo la menor noticia.

—Ayer les escribí pidiéndoles una carta para el emperador de los franceses, y no la he recibido aun.

—Estarán enfermos.

—No, María Luisa: me respondieron de palabra que estaba mi padre acostado, y que por eso no escribía. Es un gran sentimiento, hermana mía, tener que temer las asechanzas de los que nos dieron el ser.

—Tus consejeros, hermano mío, quieren cimentar su favor alejándote de tu familia.

—O no doy crédito á sus palabras ó me sacrifico á sabiendas. Todos dicen que tu conspiras contra mí, en union con Joaquin Murat; y no te incomodo en lo mas mínimo.

—Me calumnian, hermano mio.

—Bien puede ser. Pero tu amistad con el gran duque.....

—Tiene por solo objeto, hermano, proporcionar un trono á mi hijo.

—¿Y lo conseguirás, María Luisa?

La reina se encojió de hombros, y para mudar de conversacion dijo á su hermano.

—¿Emprendes mañana tu viaje?

—Asi parece, hermana mia.

—¿Se han decidido tus amigos?

—Hay encontradas opiniones, pero ha triunfado la de Escoiquiz, y saldré mañana de Madrid.

—La llegada de Savary habrá influido mucho segun creo.

—La llegada de Savary me ha proporcionado, hermana mia, satisfacciones y disgustos. A sus protestas de amistades ha mezclado algunas exigencias verdaderamente importunas.

—¿A nombre del emperador?

—A nombre del emperador; y entre otras la libertad de Manuel Godoy.

—Del pobre principe de la Paz.

- Así lo llama nuestra madre.
- Es verdad, Fernando. Tus amigos aborrecen de muerte al príncipe.
- No lo quiero yo mucho, hermana.
- Pero tú le perdonarias.
- Me ha hecho todo el daño que ha podido: yo me contento con entregarlo á los tribunales de justicia.
- Pobre príncipe.
- Han variado mucho tus ideas.
- ¿Por qué, Fernando?

—Cuando llegaste á nuestra córte te quejabas amargamente, y conmigo en particular, del pobre príncipe de la Paz, que te habia despojado de un reino.

La reina mudó de color, y el rey prosiguió.

—Ahora le defiendes por consideracion á nuestra madre. Mas ya que hablamos de política, quiero revelarte, hermana mia, una eventualidad que podria serte desagradable.

—¿De qué eventualidad me hablas?

—Tiene el emperador de los franceses pensamiento de estender un poco sus fronteras por la parte del Pirineo; y como no puede realizarlo sin el beneplácito de la España, quiere cederla en recompensa todo el Portugal, en cuyo caso no se erijiria el pequeño reino de la Lusitania septentrional:

—¿Qué dices, Fernando?

—Te refiero poco mas ó menos las palabras que ha dicho el príncipe de Benevento á don Eugenio Izquierdo, encargado de Manuel Godoy cerca de S. M. I. el emperador de los franceses.

—¿Y qué le ha respondido Izquierdo, hermano?

—Poco importa lo que él le responda; lo importante será mi respuesta.

—Tú no puedes condescender por muy poderosas razones.

—¿Cuáles son, hermana?

—En primer lugar los pueblos rayanos con Francia no querrian pasar de buen grado á una dominacion estraña; en segundo, los portugueses no se someterian gustosos á los monarcas castellanos; en tercero, la Inglaterra no te dejaria continuar en pacífica posesion.....

—Las mismas razones ha dado D. Eugenio Izquierdo.

—Y tú, Fernando, teniéndolas en consideracion no condescenderás nunca.....

—Hermana, las circunstancias son muy críticas, y si el emperador se empeña.....

—Sabrás resistir.

—O ceder. Por lo demás tú estas en buenas relaciones con el gran duque de Berg y Cleves.

—¿Yo?

—Eso dice toda la corte: y eso prueba.....

—¿Quién?

—El mismo gran duque que acaba de entrar en la antecámara.

En efecto Joaquín Murat se adelantaba con paso rápido hacia la cámara de la reina, todavía envuelto en la ancha capa que ponía su rostro á cubierto de las miradas indiscretas. María Luisa descubrió su sombra, sintió un estremecimiento involuntario, y acercándose al oído del rey le dijo.

—¿Has hablado alguna vez con el gran duque?

—No, María Luisa.

—¿Quieres que os presente uno á otro?

—No, hermana. El que quiere hablar con un rey pide audiencia y se le concede ó se le niega.

Iba á replicar María Luisa, pero Murat pasó el dintel y quedó sorprendido encontrándose frente á frente con el monarca.

La posición del joven rey iba á ser muy embarazosa, y Fernando no pudiendo vencerla, procuró al menos esquivarla; para conseguirlo fácilmente se aprovechó de la sorpresa que su vista había producido en el gran duque, y levantándose con aparente tranquilidad dijo á su hermana.

—María Luisa, mañana parto para Búrgos: ¿quieres algo?

—Solo deseo que lleves un feliz viaje y me recomiendes al emperador.

—Cuidaré de tus intereses, replicó el rey, y sin saludar al gran duque dejó el aposento de su hermana.

Murat lo acompañó por las cámaras con una mirada rencorosa, y echándose sobre un sitial, dijo en tono brusco:

—Señora, si hubiera sabido por Dios, que iba á tener tan mal encuentro no hubiera venido á palacio.

—Podeis serenaros, hermano mio: mañana parte para Burgos, y mañana gran duque de Berg, no tendremos quien nos incomode por algunos dias á lo menos.

—Teneis razon, querida hermana: replicó el gran duque mas tranquilo, pronto la voz de Fernando VII no resonará en estas bóvedas.

—¿Y sabeis señor que mi hermano me ha hecho concebir sérios temores?

—¿Por qué María Luisa?

—Porque ha recibido una nota con un proyecto de tratado...

—¿Y en ese tratado?

—Se cede todo el Portugal á la España en cambio de algunas provincias rayanas con Francia.

—¿María Luisa, habeis dado crédito á esa nota?

—Repito que me ha hecho concebir muy sérios temores.

—¿Cuál ha sido el principal objeto de nuestra correspondencia?

—La protesta del rey mi padre.

—¿Qué uso puede tener ese documento?

—Devolver á mi padre la corona.

—Pues entonces estais segura de que el emperador mi cuñado no concluirá ningun tratado con vuestro hermano Fernando VII.

—¿Pero pudiera terminarlo con el rey mi padre?

—Yo os juro que no tendrá lugar, María Luisa, el tratado en cuestion.

—Bien sabeis los grandes servicios que he hecho al emperador de los franceses.

—Tambien lo sabe mi cuñado.

—¿Y se acordará de ellos?

—Sin duda. Su gratitud torcerá, señora, el camino de su politica.

—Colocado mi hijo en el trono será su mayor aliado, su súbdito mas reverente.

—Asi lo cree el emperador. Pero hablando de otra cosa, María Luisa. ¿Los reyes padres estarán prontos á salir al encuentro del emperador?

—En el momento, querido mio.

- ¿ Vos iriais tambien?
- Con toda el alma.
- ¿ Sin reparar en la distancia?
- A París mismo , si es necesario.
- Conozco que los reyes padres y vos, hermana, sois buenos amigos del emperador de los franceses.
- ¿ Lo habeis dudado alguna vez?
- No : pero pruebas tan repetidas me confirman en mi creencia.
- ¿ Temeis que no encuentre mi hermano en Búrgos al emperador?
- No afirmaré que lo encuentre en Búrgos.
- ¿ No ha entrado todavia en España?
- Puede ser que sí, pero creo que caminará á cortas jornadas.
- Es muy extraño.
- Está algo indispuerto.
- ¿ Y su mal ofrece cuidado?
- No , María Luisa , mi cuñado es un hombre de hierro.
- Repito que deseo ardientemente tener el gusto de encontrarlo.
- No tardareis mucho , señora.
- El gran duque se levantó.
- ¿ Os vais tan pronto , hermano mio?
- Tengo que escribir al emperador.
- ¿ Le hablareis de mí?

—Como siempre. ¿Permitís que os bese la mano?

—Con mucho gusto, hermano.

El gran duque besó la mano de María Luisa, y salió diciendo entre sí.

—¡Vive Dios! que el pasto mas sabroso del hombre son las quiméricas esperanzas.

Al bajar el gran duque la escalera se encontró con un embozado que se sonrió al conocerlo: Murat recordó que habia visto aquellas facciones alguna vez, pero no pudo darse cuenta de en qué ocasion ni en qué lugar y pasaron hombro con hombro, sin cambiar saludo y mirándose con una notable impertinencia. El gran duque se encaminó á su alojamiento: el embozado entregó su capa á un guardia de Corps y entró en las cámaras del rey, encontró en ellas al mayordomo de semana y le dijo.

—Necesito ver á S. M.

—Es imposible.

—Lo exige un negocio importante.

—S. M. está durmiendo.

Este obstáculo era invencible, y el hombre se mordió los labios, pero tuvo que retroceder. Pidió al guardia de Corps su capa, mas ocurriéndole una idea, le dijo.

—¿Me permitirán pasar esta noche en el cuerpo de guardia?

—Sin el menor inconveniente.

—Pues tendrán Vds. un compañero mas.

—Me alegro.

—¿Mañana sale el rey?

—De fijo.

—¡Vive Dios! no tengo mas remedio que dormir en el cuerpo de guardia.

Una noche en el cuerpo de guardia es una noche divertida ó incómoda, segun el humor de la persona que toma parte en la velada: el personaje que ha intentado hablar con el jóven monarca abundaba mucho en buen humor, y trataba los negocios mas serios con sorprendente ligereza. Instalado en el cuerpo de guardia, trabó amistosa conversacion con el sub-brigadier, los cadetes y demas individuos del real cuerpo, amenizándolos con picantes chistes y donaires. Sondeó por incidente el ánimo de aquellos fieles defensores de Fernando, que habian conspirado con él en favor del mismo, y que seguirian conspirando si la ocasion lo requeria.

Las horas iban trascurriendo en tan entretenidas pláticas, pero los mas de los comensales creyeron prudente alijeraras con repetidos *bol* de ponche y con succulentos bizcochos. Con accesorios semejantes no trascurrieron que volaron; los primeros rayos de la aurora confundieron su luz suave con la luz de las lamparillas,

y poco despues un rayo de sol iluminó aquellos rostros inflamados con los vapores de la orgía.

El huesped de los guardias de Corps, que habia bebido lindamente sin perder su serenidad, dejó su asiento de improviso, y se dirigió apresuradamente á las antecámaras del rey; encontró al mayordomo de semana en el mismo puesto que la noche antes, y le preguntó.

—Se puede ver á S. M.

—S. M. no se ha levantado todavia.

Viendo que no le era posible hablar al rey en aquel momento, se volvió á su cuerpo de guardia dispuesto á esperar hasta que el rey creyese prudente levantarse. Esperó una hora y al cabo de ella volvió á presentarse en la antecámara.

—¿Podré ver á S. M.?

—S. M. está despachando.

—Esperaré aqui.

Pasó otra hora en la antecámara del rey, y al cabo de ella se presentó el gentil-hombre de guardia.

—Marqués, le dijo nuestro personage, acercándose familiarmente, ¿podré ver á S. M.?

—Es imposible amigo mio; S. M. no recibe á nadie.

—¿No recibe á nadie?

—Se está vistiendo de camino; y ya están los tiros enganchados para conducirle á Búrgos.

—Muy bien. Iré á esperarle á la escalera.

Y sin esperar mas respuesta fué á colocarse al lado de un alabardero. Fernando VII no se hacia esperar, y á pocos momentos apareció, llevando á su derecha á Escoiquiz y á su izquierda á D. Pedro Cevallos; le acompañaban los demas ministros y le seguian los duques del Infantado y San Carlos, el marqués de Muzquiz, D. Pedro Labrador, el capitán de los guardias de Corps conde de Villarierzo, y los gentiles hombres de cámara marqués de Ayerbe, de Guadalcazar y de Feria. Al igualar el rey con el personage que habia velado toda la noche, le dijo.

—A Dios, querido conde.

—Señor, necesito hablar....

El rey no oyó por atender al canónigo Escoiquiz que le hablaba en aquel momento, y tomó el estribo del coche.

—Señor, replicó el conde.

—A Dios, conde, le replicó el rey con bondad, mandando partir al mismo tiempo.

—¡Señor, la salud del Estado!... gritó el conde; pero su voz se perdió entre el ruido del coche y el murmullo del pueblo abatido, que pedia al cielo próspero viage para el hijo de Carlos IV.

CAPITULO XVII.

La santidad de un juramento.

En el momento que el gran duque atravesó el umbral de la bruja, cogió esta la mano de Dolores, y con voz siniestra, la dijo:

—¿Recuerdas, Dolores, qué has jurado?

—Sí, respondió la jóven poseida de un involuntario terror.

—¿Y juras de nuevo, Dolores, no decir á nadie lo que ha sucedido en mi aposento?

—Lo juro, señora, lo juro.

La vieja condujo á Dolores á la puerta de su habitacion, y asi que la puso en ella, cerró con precaucion extraordinaria. La jóven se quedó en el umbral, vió con sobresalto á Manuel, y con espanto el agudo puñal que brillaba en la robusta diestra del buen mozo. Este contempló un momento á Dolores, se acercó lentamente á ella, levantó el puñal para hierla, mas al ir á descargar el golpe, retrocedió violentamente y se precipitó en la calle.

Cuando vió la jóven el puñal sobre su corazon, no opuso ni la mas leve resistencia, se estremeció lijeramente, como quien siente escalofrio, inclinó un poco la cabeza, y sus frescos labios se plegaron con una sonrisa de placer, porque le halagaba morir bajo el acero de su amante.

La desaparicion de Manuel la conmovió mas que su presencia, y no sabia esplicarse la causa de aquella mudanza repentina. Largo tiempo hubiera luchado con penosas incertidumbres; pero vino á sacarla de ellas la reaparicion del buen mozo.

Caminaba este con lentitud, no brillaba en su mano el puñal; pero sus ojos despedian una luz radiante y siniestra, muy parecida á la de los demonios de Milton. Se llegó Manuel á la jóven, la cogió la mano bruscamente, sin que ella opusiese resistencia, y la arrastró tras si en silencio.

Cruzaron así algunas calles, hasta que Manuel se paró á la puerta de la casita de Dolores. Esta hizo girar la llave, entraron, y el buen mozo tuvo el cuidado de cerrar la puerta por dentro. La jóven encendió una luz, la colocó sobre una mesa, y se sentó tranquilamente. Manuel permaneció de pié, se pasó la mano por los ojos, y dijo con voz breve.

—¿Sabes quién soy?

—Eres Manuel.

—¿Qué era tuyo hace quince dias?

—Mi amante.

—¿Lo recuerdas bien?

—Sí, lo recuerdo.

Manuel dió unos cuantos paseos por la sala, se pasó otra vez la mano por los ojos, y prosiguió.

—¿En dónde has estado?

—En casa de la señora Teresa.

—¿A qué fuiste?

—A preguntarla por tí, Manuel.

—¿A quién has encontrado allí?

Dolores inclinó la cabeza y guardó profundo silencio, Manuel repitió su pregunta con airado acento.

—¿A quién has encontrado allí?

Dolores alzó la cabeza, miró á su amante fijamente, y dos gruesas lágrimas rodaron por sus descarnadas megillas: Manuel prosiguió.

—Responde, por piedad, Dolores; ¿A quién has encontrado allí?

—Soy inocente: murmuró con voz débil y sollozando.

Manuel la miró fijamente, se sonrió con amargura, y empezó de nuevo sus paseos; después se paró y preguntó con voz mas dulce, pero al mismo tiempo temblorosa.

—¿Dime, Dolores, á quién has visto?

—Te repito que soy inocente.

—No basta, Dolores, no basta.

—Te juro que soy inocente.

—Tampoco es bastante, Dolores.

—Te lo juro por mi salvacion,

—¿Por tu salvacion?

—Por la gloria de mis padres.

—Dolores, no me bastan tus juramentos.

La jóven enjugó sus lágrimas, y su mirada recobró aquella imponente magestad que hacia humillar las mas altivas, se sonrosó lijera-mente y dijo.

—¿Reconoces esta habitacion?

—Sí, la reconozco.

—¿Sabes quién soy?

—Sí lo se.

—¿Qué era hace quince dias?

—Mi amante.

—Pues en esta misma habitacion estábamos, Manuel, una noche triste y silenciosa como es-

ta; sobre ese velador de pino y en ese mismo candelero de estaño ardía una vela de mal sebo, que se consumió como se consumen las mas brillantes ilusiones, las mas risueñas esperanzas. Solos estábamos los dos, solos; tú pensativo y yo confusa: habian trascurrido tres dias sin habernos visto, Manuel: tres dias son una eternidad para dos almas que se adoran. ¡Qué largos fueron para mí aquellos tres eternos dias! ¡qué eternas sus tres largas noches! Las pasé sentada en esta silla, reclinada sobre esta mesa: mis turbios ojos se negaban al sueño, y si alguna vez se cerraban era para presentarme imágenes aterradoras y sombrías! ¡Qué tres noches, Manuel, qué tres noches! Viniste por fin, yo estaba loca de inquietud, de amor y de celos; pero te pregunté. ¿En dónde has estado, Manuel? Primero callaste como he callado yo esta noche: despues me dijiste, no puedo responder, Dolores, está empeñada mi palabra y el hombre que falta á su palabra, es un miserable y un infame. Ahora te digo yo tambien. « No puedo, Manuel, responderte; un juramento me lo impide, y la muger que falta á un juramento faltará tambien á su amor. »

— ¡Dolores!

— Manuel, he jurado.

— ¿Y al jurar.....

— Era como soy ahora, inocente.

Algunas arrugas desaparecieron de la sombría frente de Manuel, su respiración anhelante se fué calmando poco á poco, y se tornaron sus miradas amorosas y suaves. Contempló á Dolores un momento con una especie de delirio, se alejó luego de su lado y empezó á recorrer la estancia con pasos rápidos y desiguales; sus músculos se iban contrayendo, y se podia leer en su rostro la horrible lucha de su alma. Como término á su meditacion se dió una palmada en la frente y dijo con voz sorda.

—Mentira es cuanto dice la muger; tienen el don de seducirnos, envilecernos y engañarnos; juegan con nuestras sensaciones como los vientos con las olas; nos asesinan y se gozan en prolongar nuestra agonía. Yo mismo le he visto, yo le he visto; no puedes engañarme Dolores.

Manuel sacudia con violencia un brazo de la hermosa jóven, que parecia de un todo insensible á aquel nuevo raptó de furor, y seguia exclamando.

—Sus ojos habrán contemplado tu hermosura, sus manos habrán estrechado las tuyas, habrá respirado tu aliento: habrá.... ¡Maldicion, Dolores, maldicion! ¡Tu debes morir y morirás!

—Soy inocente: murmuró Dolores,

—¡Inocente, inocente, no! Veo alguna cosa en tu semblante, que revela el crimen: tu frente no está tan despejada y pura como en otro tiempo; Dolores; no tienen tus labios la frescura que otros días de feliz memoria; no debe latir tu corazón con la libertad que otras veces; no, no eres tu la misma, Dolores: no eres la que yo conocí, la que me sedujo y ame! Tu debes morir: tu debes morir y morirás.

El puñal volvió á brillar de nuevo en la airada diestra de Manuel, la jóven se estremeció tambien con calenturiento escalofrío y murmuró.

—¿Por qué no me mataste, Manuel, en el umbral de la hechicera?

Manuel lanzó una estrepitosa carcajada y dijo con brutal sarcasmo.

—No te maté, porque antes que tú habia salido de aquella miserable cueva un hombre cubierto de bordados, un general francés, ¿entiendes? No sabia que estabas allí; pero á la vista de un francés, de un enemigo de mi patria, sentí arder mi sangre, como arden los mas inflamados betunes en las entrañas de la tierra; saqué este puñal, que ha de herirte, é iba á hundirlo en su corazón cuando apareciste, Dolores. Entonces se aumentó mi odio, sentí horribles celos y se unieron dos ardientes deseos de venganza. Detuve

mis primeros ímpetus y me dirigí á tí con lento paso, como el lobo hácia la cordera, para saborear por mas tiempo el placer que debia apurar vertiendo tu sangre, Dolores. Mi puñal iba á herirte.....

—¡Ah!

—Mi puñal iba á herirte, repito; pero recordé que la otra víctima iba á escaparse y retrocedí para encontrarla, para aniquilarla con mi furor, capaz de matar como el rayo.

Manuel se interrumpió un momento, limpió las anchas gotas de sudor que se deslizaban por su frente y prosiguió con voz mas ronca.

—¡Qué cuadro se presentó entonces á mi imaginacion ardiente! Via al general entre mis manos inmóvil y mudo de terror: contemplaba los ricos bordados de su brillantísimo uniforme; via la punta de mi puñal rasgándolos uno por uno, rompiendo sus carnes, sus huesos, y penetrando por fin, Dolores, en el corazon de un francés, en el corazon de un rival; y luego caliente con su sangre hundirlo en el tuyo.

Manuel se interrumpió de nuevo; Dolores escuchaba con un manifiesto interés la cruel fantasia de su amante, y en determinados pasajes aprobaba con una sonrisa cuanto acababa de decir. El buen mozo respiró un